

CAPITULO 20

Sin despedirse, porque sus padres lo iban a retener, abandonaría de madrugada la casa. Al final, decidió dejar una nota de despedida. A menudo oía decir a su padre, que la isla Bajo Pisagua de dónde solo se salía de ahí baldado o dentro de un ataúd, estaba embrujada.

Se iniciaba el invierno y las lluvias borroneaban el horizonte. Igual había que salir a derribar cipreses. A las siete comenzaba la jornada, después de desayunar té o café y comer un pan. Se dividían en cuadrillas, dirigidas por un jefe. Cerca de las dos de la tarde, se detenía la faena y almorzaban sopa de fideos, arroz o un pedazo de carne, si sorprendían un ciervo o cazaban liebres.

Cuando empezaba a oscurecer, regresaban al campamento. Cenaban alrededor de las ocho, conversaban hasta las nueve y después se dirigían a los dormitorios. El domingo, afilaban las hachas, zurcían la ropa, se despiojaban y los más audaces, se bañaban en la mar.

Una vez a la semana, aparecía una barcaza en la isla y se llevaba al continente, la madera trozada. Traía fruta, verdura, productos de almacén y harina para hacer pan. En barricas

situadas en una bodega, se almacenaba el alimento. De contrabando, los jefes obtenían aguardiente que bebían a escondidas en las segregadas chozas, donde alojaban.

A menudo en la barcaza, venían mujeres en forma clandestina. En la noche recibían a los jefes, para mantener en ellos espíritu de colaboración, la cual, cuando se obtiene en la cama, posee mejores atributos.

En una de las chozas, había un pequeño dispensario donde llegaban los enfermos, o quienes se accidentaban y debían permanecer en reposo. Lo atendía un practicante. Sabía curar heridas, sacar muelas, hacer sangrías con aquella eficiencia de aprendiz. De existir complicaciones, había que esperar a la barcaza, donde trasladaban a los enfermos al continente. A veces se retrasaba uno o dos días. Si alguien moría, pues concluía en la isla en calidad de huésped del pequeño cementerio.

Al escuchar Luis Onfrey la información sobre el cierre de las faenas, quiso llorar. Apenas llevaba tres meses de trabajo y su propósito era cortar árboles durante un semestre y volver al continente. Con el dinero obtenido, quería regalarle a su padre una silla de ruedas y a su madre, una máquina de coser, objetos usados que había visto en una casa de remates.

Miró con desdén el guiso que se hallaba frente a sus ojos.

Nunca antes había experimentado aquella repulsa. Si al comienzo, sintió ganas de engullir, las náuseas le arrebataron el apetito. Ahí se unió el desprecio hacia ese alimento, que apenas si le apaciguaba el hambre. Se levantó en silencio de la mesa y se metió al bolsillo el trozo de pan, que al principio había desestimado.

—Si no vas a comer tus lentejas, muchacho, ¿me las das? dijo quien permanecía a su lado y se apresuró a apropiarse de la escudilla.

Luis arribó a la cabaña, situada a cincuenta metros del comedor y empezó a liar sus ropas. De tanto uso querían desintegrarse. Olían a miasmas, a sudor de ira. También él estaba convertido en piltrafa. Se introdujo en la litera después de haber mordisqueado el pan. Tenía sabor a rancio. ¿Cuál habría sido la reacción de sus padres, al conocer la nota donde se despedía? “Hijo, la isla está embrujada”, volvía a escuchar la exhortación de su progenitor.

Mientras intentaba dormir, después de buscar una y otra posición en el camastro, escuchó una extraña batahola. A la distancia, empezó a sentir quejidos que interrumpían la noche, la lluvia, el canto de las aves de rapiña. Aumentaban y parecían venir del bosque, donde la tradición decía que lo habitaban las hechiceras. ¿O la tierra gemía? ¿O la rabia lo hacía escuchar

desgracias imaginarias? ¿O las voces eran sueños interrumpidos?

Bien podían ser truenos, relámpagos o la caída de cipreses mal cortados. El llanto del cielo. Miraba las literas y no encontraba a nadie. ¿A dónde habían ido sus compañeros de faena? Acaso, en una demostración de furia colectiva al quedar cesantes, deambulaban por el bosque; peleaban entre sí; usaban sus afiladas hachas en un ritual diabólico, para exterminarse.

Se levantó movido por la cautela. La lluvia no cesaba. Hería la tierra hasta la saciedad. Por una ventana se asomó al exterior. La noche húmeda, entintada de violeta se le ofrecía como execrable presente. Al observar a dos personas que se acercaban cubiertas con impermeables y hablaban como si se comunicaran secretos, sintió miedo y se ocultó detrás de un armario. Entraron a la cabaña y con linternas, empezaron a rastrear palmo a palmo el recinto.

—Aquí no veo a nadie, compañero. Ni si quiera se ven moscas. Ahora, nuestra compañía podrá alegar que todos murieron de escorbuto. La dosis de veneno que pusimos en las lentejas, fue la adecuada.

Llegaba, al cabo de dos días la barcaza a rescatar a los jefes de la empresa, y Luis Onfrey que se mantuvo escondido en el

bosque, metido en un hoyo, lograba introducirse en la nave, oculto en una barrica. Ni siquiera enterraron a los muertos en una isla que nadie visitaba.